

Hasta que pueda matarte II
JOSÉ SOTO CHICA

TU SANGRE EN MIS MANOS



DESPIERTA FERRO



EDICIONES

novela histórica

TU SANGRE EN MIS MANOS

DESPERTA FERRA



EDICIONES

Hasta que pueda matarte II

TU SANGRE EN MIS MANOS

JOSÉ SOTO CHICA

DESPERTA FERRO

EDICIONES



DESPERTA FERRO

EDICIONES

Tu sangre en mis manos
José Soto Chica

© de esta edición:
Tu sangre en mis manos
Desperta Ferro Ediciones SLNE
Paseo del Prado, 12, 1.º derecha
28014 Madrid
www.despertaferro-ediciones.com

ISBN: 978-84-129847-6-7
D.L.: M-19347-2025

Diseño y maquetación: Raúl Clavijo Hernández
Cartografía: Desperta Ferro Ediciones / Carlos de la Rocha
Coordinación editorial: Óscar González Camaño

Primera edición: noviembre 2025

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados © 2025 Desperta Ferro Ediciones.

Queda expresamente prohibida la reproducción, adaptación o modificación total y/o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento ya sea físico o digital, sin autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo sanciones establecidas en las leyes.

Impreso por: Anzos

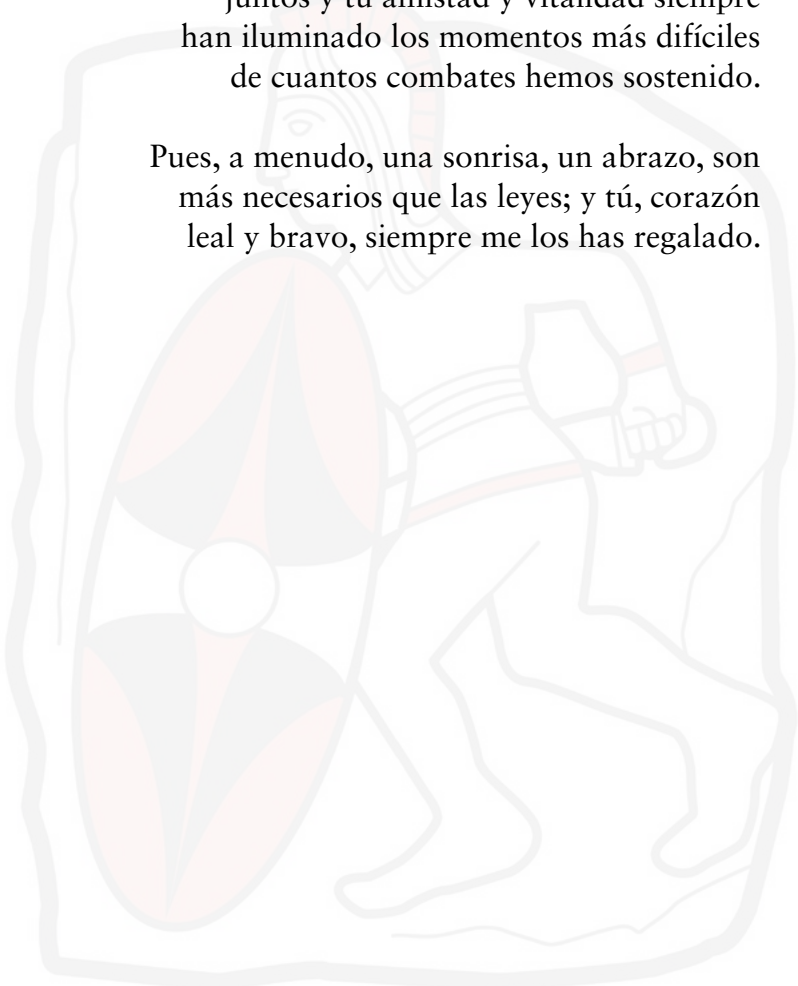
Impreso y encuadernado en España – *Printed and bound in Spain*

Dedico esta novela a mi amiga y
abogada Rosa Ángela Martínez.

Rosa, llevamos once años batallando
juntos y tu amistad y vitalidad siempre
han iluminado los momentos más difíciles
de cuantos combates hemos sostenido.

Pues, a menudo, una sonrisa, un abrazo, son
más necesarios que las leyes; y tú, corazón
leal y bravo, siempre me los has regalado.

DESPERTA FERRO



EDICIONES

índice

Prólogo para un demonio	9
Prólogo para un corsario	13

PRIMERA PARTE.

EN EL PAÍS DE LOS LOCOS FURIOSOS

1. Para Guillermo	22
2. La serenísima traición	28
3. La puerta de la felicidad	51
4. Regreso al hogar	61
5. Las carcajadas del destino	75
6. En el país de los locos furiosos	96
7. Un combate que no cesa	112
8. La mirada del terror	128
9. Del destino y la fortuna	144
10. Equilibrios sobre la muerte	171
11. Las torres de Vatheia	203

12. La carga de los locos	225
13. Todo estalla	235

SEGUNDA PARTE.

LA JORNADA DE NAVARINO

14. De milagros y batallas	246
15. La sombra de Dios	259
16. El león, el santo y el dragón	277
17. La arena del reloj	298
18. El precipicio y el león	312
19. Los molinos de Corón	333
20. Las olas de la fortuna	346
21. Traidores y cañones	349
22. Castillos en el aire	364
23. El cabrón del destino	372
24. La hazaña de La Loba	388
25. He jurado matarte	400
26. La loca de la colina	422
27. Las razones secretas	429
28. Un príncipe en el barro	442
29. La última batalla	450
30. Las derrotas	459
31. Una no victoria	466
Epílogo	469
Nota histórica	475
Agradecimientos	483
Posfacio:	
La Monarquía y el teatro mediterráneo en el siglo XVI, por Hugo A. Cañete	487

Prólogo para un demonio

En algún lugar de la frontera húngara, veintiséis de
enero de 1572.

La noche es frío y nieve, sí; y, agazapada entre ellos,
vigila la muerte.

Un halcón se encoge en la rama de un abeto, y entre
los arbustos relucen los ojos de fuego amarillo de un
lobo solitario mientras acecha al viajero montado sobre
su caballo. Luego, cuando pasa la figura oscura, todo
vuelve al silencio y al frío.

Un recodo, uno más en la senda que atraviesa las bos-
cosas colinas y en el que el viajero detiene a su enorme caba-
llo negro. A oriente, el sol destinado a un nuevo día medita
si vale la pena alzarse sobre el horizonte; y a poniente, la
oscuridad, como siempre, se niega a aceptar lo inevitable.

Lleva ya cuarenta días de viaje y su destino aún está
lejos. Eso no le importa; de hecho, solo le importan dos
cosas: el recuerdo y la venganza.

Entonces oye el grito de la muchacha y aunque no le incumbe, dirige hacia él su montura, llevándola hasta un cruce de caminos en donde tres hombres que han asesinado a un cuarto, se afanan ahora en violar a su joven viuda.

Nadie debería viajar de noche; nadie debería hacerlo acompañado solo por su esposa, sí, y nadie debería intentar abusar de una muchacha delante del viajero solitario.

No lo ven venir, tampoco lo oyen. Están por completo enfrascados en violentar a la joven, en arrancarle la ropa, en saciar su lujuria en el cuerpo indefenso de la mujer que acaba de dejar de ser niña, que grita con toda la desesperación tras ver cómo apuñalaban al hombre que debía protegerla y que sabe que, una vez hartos de ella, también la coserán a cuchilladas.

¿Sabéis lo que puede hacer una mano diestra con una hoja afilada? Os lo diré: la espada del viajero quiebra huesos, destroza músculos, corta tendones, abre arterias... Es una orgía de sangre derramada, de aullidos de dolor y terror silenciados a fuerza de acero inmisericorde.

Noche y nieve, frío y silencio, y sangre humeante que presta su niebla roja para envolver a la muerte. Sí, y un hombre oscuro, sobre un caballo negro y grande que empuña una espada ensangrentada y mira a una joven que, desde un suelo cubierto de nieve que ahora es barro rojo, le devuelve la mirada, asustada.

¿Qué ve la muchacha? Un hombre envuelto en un manto, con el rostro velado por un amplio sombrero y montado sobre una bestia enorme desde cuyo lomo la mira en silencio con un ojo de hielo que la inunda de un miedo profundo que la priva de la palabra y casi de la razón.

—No me hagas daño...

Es lo único que acierta a decir la chica en un tono bajo, desmañado, balbuciente. Pues mirar a aquel hombre tuerto, a aquella sombra, es como mirar al Diablo del que tanto le han hablado.

Silencio durante un largo instante. Un silencio mezclado con la respiración agitada de la muchacha y con el vuelo de una lechuza que acierta en ese instante a pasar sobre sus cabezas, y que alerta al caballo negro, pero sin inmutar al alto viajero que no aparta su solitaria y gélida mirada del pálido rostro de la joven.

—¿Sabes rezar?

La pregunta deja a la muchacha desconcertada y sin habla. Pero, con un esfuerzo que se impone a su miedo, asiente con la cabeza.

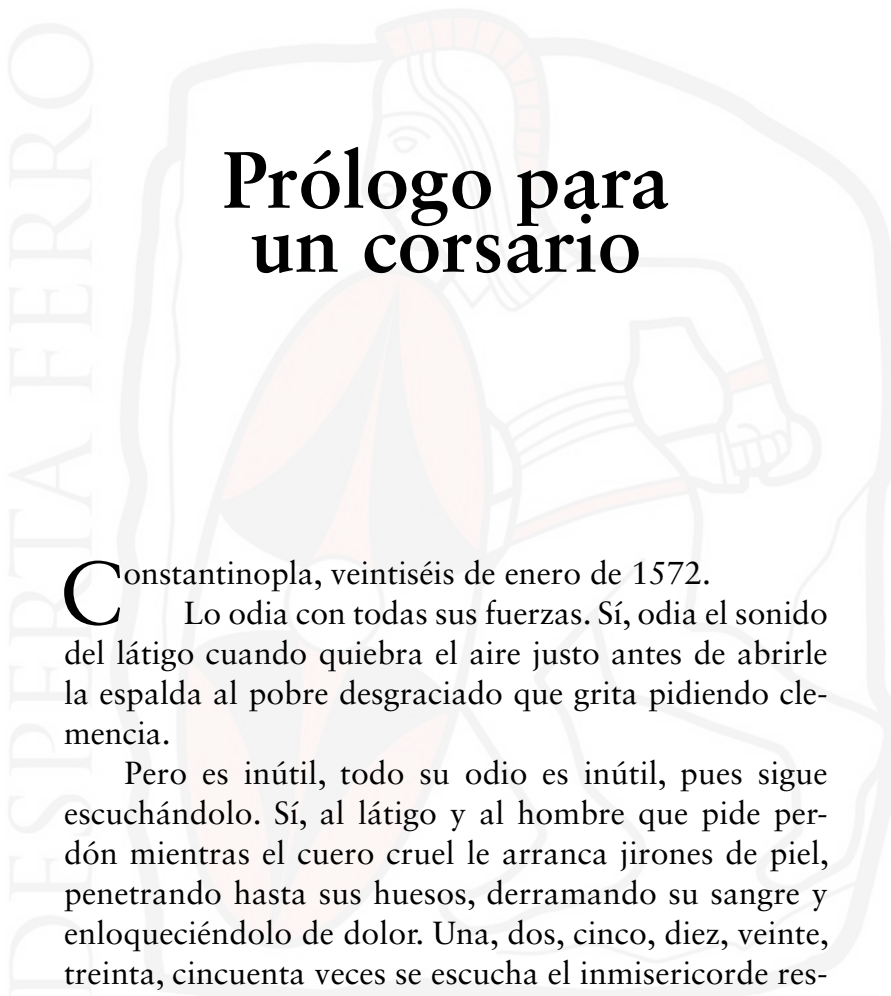
—Pues hazlo por alguien como tú. Hazlo, a ella no la pude salvar.

Nada más. Eso y la amplia capa negra del viajero que, desembarazada con un amplio gesto, arroja sobre la joven asustada y medio desnuda que sigue tirada en el suelo junto a los cadáveres de los que han abusado de ella.

La chica se cubre y se envuelve en la prenda, y el viajero sigue su camino por Hungría en dirección a Alemania.

Mientras se aleja, el sol se decide al fin y acuchilla con su primera luz el levante, y la chica, sin apartar los ojos de la espalda del viajero, recupera el movimiento y la razón: arrastrándose sobre los cadáveres de los asesinos, les arranca con premura las bolsas y les quita cuanto tienen de valor. La vida es eso: sobrevivir, y ella lo sabe bien a sus quince años.

Quizás por ello, mientras desvalija a los muertos, reza una y otra vez hasta quedarse sin aliento y perder de vista al demonio que le ha salvado la vida.



Prólogo para un corsario

Constantinopla, veintiséis de enero de 1572.
Lo odia con todas sus fuerzas. Sí, odia el sonido del látigo cuando quiebra el aire justo antes de abrirle la espalda al pobre desgraciado que grita pidiendo clemencia.

Pero es inútil, todo su odio es inútil, pues sigue escuchándolo. Sí, al látigo y al hombre que pide perdón mientras el cuero cruel le arranca jirones de piel, penetrando hasta sus huesos, derramando su sangre y enloqueciéndolo de dolor. Una, dos, cinco, diez, veinte, treinta, cincuenta veces se escucha el inmisericorde res-tallido del látigo que le atormenta la mente y le seca el corazón. ¡Dios bendito, cómo odia el infernal sonido que hace el aire cuando el cuero cruel quiere empaparse con la sangre de un inocente!

Silencio... o casi. El hombre ya no grita. Se retuerce, gimotea, murmura algo. ¿Una oración? ¿El nombre de

su madre? ¡Qué más da! Lo único que importa es que ese maldito sonido, el del restallido del látigo, ha cesado.

—Dios clemente y misericordioso... el látigo al fin ha callado —murmura agradecido, piadoso, agotado, mientras entrega a su asistente el flagelo empapado de sangre y engalanado, aquí y allá, con informes pedazos de carne arrancados de la espalda del trabajador al que acaba de azotar.

Es entonces, solo entonces, cuando se permite mirar al desdichado carpintero que se retuerce a sus pies y al que, a fuerza de latigazos, acaba de llevar al negro umbral de la muerte. Ahora el maestro de ribera ya no es una persona, sino tan solo un ser informe, gimiente, roto, ensangrentado, que agoniza revolcándose sobre su propia sangre y sobre la orina que su vejiga y el pánico no pudieron retener.

Ulug Alí Pachá da entonces un paso atrás y luego se vuelve muy lentamente, para poder mirar a todos los que han contemplado cómo ha castigado con el flagelo al maestro carpintero que se atrevió a contradecirlo. Carpinteros, fundidores, armeros, herreros, soldados, marineros... la mirada de Ulug los golpea a todos con su impasible frialdad. Pues no hay odio, no hay regocijo, no hay nada en esos ojos suyos que solo son oscuridad y hierro gobernando un rostro requemado por el sol y por los vientos del mar cargados de desventura y sal.

Mientras mira a los hombres que lo rodean, Ulug no se engaña: todos lo odian, todos lo temen. Pues de los demás, de sus semejantes, ya solo espera eso: odio y miedo. Pero no le importa, de veras que no le importa. Pues lo que los demás piensen o sientan, deja de importarle cuando has muerto; y él, Ulug Alí Pachá, en otra vida, cuando se llamaba Giovanni Dionigi Galeni y no era sino un muchacho calabrés de diecisiete años, murió

cuando los corsarios que lo apresaron lo encadenaron al remo de una galera berberisca.

Por eso odia el sonido del látigo: porque con él, durante cuatro interminables años, le rompieron la espalda hasta dejarlo, una y otra vez, ensangrentado y lloroso sobre el remo al que estaba sujeto.

Sí, y por eso es una magnífica prueba de la grandeza de Dios que pese a todo, pueda hacer uso del flagelo casi a diario y con tanta habilidad como para matar, tras infringir un supremo dolor, a cualquier hombre que lo desobedezca o desagrade. Pero es que él, Ulug, es hombre de férrea determinación y encomiable abnegación, está dispuesto a hacer imperar la voluntad de su señor: Selim, el segundo de su nombre, Santo Califa, Gran Sultán, poderoso Gran Kan, verdadero César de los Romanos, Señor del Horizonte y Sombra de Dios en la Tierra y, sobre todo, el soberano a quien debe su resurrección, su fortuna y su poder.

Pues ahora, él, aquel muchacho calabrés que, treinta y cinco años atrás, murió atado al remo de una galera berberisca para resucitar como implacable corsario al servicio del Gran Turco, es un ser terrible y magnífico: Ulug Alí Pachá, el renegado más despiadado que jamás hayan sostenido las olas del mar Mediterráneo, amén de bey de Argel, conquistador de Túnez y, desde hace dos meses, nuevo *Kapudan Pachá* de las flotas de la Sublime Puerta.

Sí, y está dispuesto a hacer lo que le ha sido ordenado: armar doscientas galeras, galeotas y fustas en tan solo seis meses y dotarlas de cañones, remeros, marinos y soldados con los que vengar la gran derrota que, tres meses atrás, les encajaron los cristianos en Lepanto.

¡Y por Dios que lo va a hacer! Sí, aunque tenga que matar a latigazos hasta al último de los forzados,

obreros o artesanos que trabajan, de noche y de día y sin apenas descanso, en los arsenales y astilleros de Eski Terzana y Top-Hane. Allí, docenas de miles de hombres se rompen la espalda y las manos construyendo naves de guerra, fundiendo cañones, forjando *kilifs* y yataganes, fabricando mosquetes y arcabuces, secando y curvando madera para los arcos, moliendo pólvora con la que alimentar las armas y las bocas de fuego.

Todo eso se hará, sin duda. Pero mientras tanto, a sus pies, el carpintero al que ha azotado sin piedad ya no gime. Está muerto. Con un gesto de la cabeza, ordena que dos jenízaros lo arrastren hasta el muelle más próximo y lo arrojen a las aguas del Cuerno de Oro para que se lo coman los peces.

Luego, extenuado, se permite el consuelo de elevar los ojos para llenárselos con la espléndida visión de las cúpulas y minaretes de las mezquitas de Constantinopla y, aunque no lo sabe, una débil sonrisa se asoma a sus labios cuando imagina entre aquellas arquitectónicas maravillas, el perfil de los edificios del *küllüye*, el complejo de edificios que ha mandado erigir y que estará compuesto por una mezquita, una madrasa, unos baños, una fuente y un mausoleo. Su mausoleo. El lugar donde su cuerpo, el que debe morir una segunda vez cuando Alá, loado sea su nombre, así lo disponga, hallará reposo. Ha encargado la magna obra al gran Mimar Sinan, el genial arquitecto al que el sultán Solimán el Magnífico encomendó tantas maravillosas obras; con ello, Ulug asegurará el recuerdo de su fama y conseguirá lo que no ha logrado, ni logrará en vida: que hablen bien de él.

Pero ese pétreo consuelo no está aquí, ante sus ojos, sino en el futuro. Suspira, agotado, y abandona el astillero encaminándose a la modesta casa erigida junto a los arsenales y cuyas austeras paredes le ofrecen

resguardo y cama durante las escasas horas en las que se permite descanso. Pues, aunque posee en Constantinopla una magnífica residencia, no la visita siquiera: todo su tiempo, todas sus energías, están concentrados en restaurar el poder otomano que se perdió en octubre ante la armada de la Liga Santa que comandaba don Juan de Austria.

Cuando despide a sus guardias y sirvientes, se queda solo con la joven cautiva toscana que le sirve de concubina y que, solícita, le quita las botas, los zaragüelles, la camisa, el lujoso caftán rojo bordado en oro y el turbante de seda cruda que oculta las escamosas calvas que, años atrás, le dejó la tiña en la cabeza. Desnudo, se deja conducir hasta la bañera de mármol y bañar por las ligeras manos de la muchacha que le quita la sangre, el sudor y el polvo; y que, ya lavado, lo unge con aceites perfumados y le arregla la oscura barba generosamente salpicada de blanco.

—Puedes retirarte —dice a la chica de ojos solares y piel de luna. Pues esa noche, de la que tan pocas horas quedan, no tiene fuerzas para yacer con ella.

La toscana, disimulando su alivio, inclina la cabeza y sale sin hacer ruido, dejando a su señor tendido sobre las sábanas, exhausto, roto de cansancio, esperando, como una fiera acosada, a que las sombras huyan ante la pronta alborada que, inexorable, se aproxima.

Con los ojos cerrados, controlando la respiración y sintiendo cada músculo dolorido en su cuerpo de hombre de cincuenta y cuatro años, pelea contra los recuerdos de su infancia y primera juventud, cuando aún podía permitirse ser bueno y no escuchaba el restallido del látigo, sino el de las campanas de la iglesia de su pueblo y la voz dulce de su madre...

—No deberías trabajar tanto.

La voz ronca sobresalta de tal manera a Ulug Alí que se incorpora de un salto y, empuñando la daga que siempre guarda bajo la almohada, encara al hombre que acaba de hablar; como nunca apaga el candil que ilumina su austero dormitorio, reconoce de inmediato el anguloso y reseco rostro de Pedro Paolo de Arcuri: agente del católico rey Felipe, también el segundo de su nombre, y un demonio al que Satán no quiso en el infierno.

—¿Cómo has entrado aquí?

—¿Qué importa eso?

Importa y mucho, sobre todo cuando eres consciente de que has estado indefenso ante un verdugo despiadado.

—No deberías haber venido, nos estás poniendo en riesgo a los dos.

—Quiero una respuesta.

La exigencia de Pedro Paolo se queda flotando entre los dos, temible e invisible, como un fantasma cargado de terror.

«Eso no es extraño», reflexiona Ulug: el propio Arcuri es un fantasma. Uno que creció junto a él en su pueblo natal de El Castelle, en Calabria; que compartió juegos infantiles y aventuras juveniles y que fue apresado junto a él por los corsarios y encadenado a su lado para remar durante años en una galera berberisca a fuerza de fatigas, dolor y miedo.

Pero de eso hace mucho tiempo. Sí, tanto que todavía eran jóvenes y llevaban sus verdaderos nombres: Giovanni Dionigi Galeni y Gian Battista Ganguzza.

—Aún no he decidido.

—Agotas nuestra paciencia. Mi señor, el rey Felipe, no puede esperar más. Su oferta sigue sobre la mesa: traiciona al sultán informándonos sobre sus preparativos de guerra, retrasándonos cuanto te sea posible y, so-

bre todo, cuando llegue el momento, entregando Argel a España. A cambio, el rey te dará un condado en el reino de Nápoles, te asegurará una renta anual de doce mil ducados y te pondrá al mando de una escuadra.

—¿Y Argel?

Pedro Paolo de Arcuri se toma su tiempo en contestar. Cuando lo hace, sonrío y deja a la vista su desfigurada boca mutilada a fuerza de recibir en ella patadas y golpes cuando no era sino un galeote encadenado al remo.

—Si reniegas del islam y vuelves a la religión católica, el rey te tomará como vasallo y te permitirá conservar el señorío de Argel con el título de príncipe.

Ulug menea lentamente la pesada cabeza; durante un largo instante los dos hombres, que fueron amigos desde niños y que sufrieron juntos como esclavos del remo, se miden y piensan en lo mismo: en matar al otro y robarle así la oportunidad de que haga otro tanto.

—No basta. Quiero que Túnez también sea mío —concluye Ulug, al fin.

—Nunca supiste medir tus ambiciones.

—Y tú nunca supiste anticipar que siempre consigo hacerlas realidad.

Pedro Paolo niega con la cabeza y da un paso atrás antes de despedirse.

—Volveré. Será mi última visita. Medita bien tu respuesta: puede que también sea la última.

Eso es todo. Eso y el silencio cómplice que siempre antecede a la primera luz de un nuevo día.

Ulug se gira de nuevo hacia el inútil lecho en el que no ha podido descansar y mientras se viste, se pregunta, aunque ya sabe la respuesta, por qué no ha matado a Pedro Paolo de Arcuri:

—Cuando te miro aún veo tu rostro de niño... Y por si eso no bastara, Gian Battista, pasamos cinco años

encadenados al mismo remo. Todo eso te debo. Eso y que te negaras a seguir mi camino para no tener que renegar de ti mismo. Por eso te liberé del remo; y por eso, te llames ahora como te llames, sigues vivo: porque te recuerdo como eras y porque te respeto por lo que sigues siendo.

Un instante después camina en silencio y sin luz por la galería que lleva desde sus estancias privadas al patio y desde este a la puerta principal de la casa; y mientras sus pasos van alertando a los guardias, que se apresuran a seguirlo y guardarlo, Ulug se permite pensar en la dolorosa y verdadera razón que le impide aceptar la generosa oferta del rey de España: la venganza. ¿Cómo se atreven a ofrecerle oro, dignidades y poder cuando le arrebataron lo más precioso? Pues en Lepanto, Ulug no solo conoció la derrota, sino también el dolor más mortífero que jamás hubiera experimentado: el de perder a su hijo. Allí, sobre las olas del mar pintado de fuego y sangre, quedó el cadáver de quien más amaba.

¿A que playa olvidada llegaría su cuerpo? ¿Lo devoraron por completo los peces? Nunca lo sabrá. Pero sí sabe una cosa: que ahora ya no le bastan ni el oro ni la ambición.

Un instante más tarde está bajo el umbral de la puerta de su sencilla casa. Aún falta para que amanezca y Constantinopla sigue durmiendo, pero en los astilleros no se duerme, sino que se trabaja sin descanso; y desde allí, hasta sus oídos, llega de nuevo el restallar de los látigos. Ulug cierra los ojos y maldice el odioso sonido. Luego, con una seca orden, exige que le traigan su látigo y, a grandes zancadas, se encamina a seguir cumpliendo con las órdenes del sultán.

DESPERTA FERRO

Libro completo [aquí](#)

EDICIONES



Se han perseguido y acuchillado en las Alpujarras y en Lepanto, han perdido por culpa del otro a los que amaban, se han infligido heridas demasiado profundas como para que cicatricen... Sí, José de Monteagudo y Mehmet al-Rumi tienen motivos más que sobrados para odiarse y para buscarse, como imanes de rencor. Pero ambos son piezas en un juego más grande, mucho más grande: el que enzarza a los dos mayores imperios de la tierra, la España de Felipe II y el Imperio otomano de Selim II, y que hace bullir el Mediterráneo de galeras, corsarios, renegados y espías.

En esta segunda parte de la saga que arrancó con *Hasta que pueda matarte*, nos adentramos en esas dos pugnas paralelas, la de los hombres y la de los imperios, obsesionados unos en acabar con los otros. Las intrigas del harén del sultán en Constantinopla y las escaramuzas navales en Modón y Navarino; los espías, las conjuras, las batallas y los duelos que se suceden de modo trepidante; hombres y mujeres que son llevados al límite. Y, a su alrededor, toda una constelación de grandes personajes, retratados en su tiempo y sus pasiones: el joven don Juan de Austria y el imbatible Álvaro de Bazán, el astuto corsario Ulug Alí y Nurbanu, la favorita del sultán, el intrigante banquero sefardí José Nasí y la misteriosa espía veneciana Angela Dominica... Y todo con el nervio narrativo y la carga humana de José Soto Chica.

«José Soto Chica ya es por muchos
considerado un maestro».
David Yagüe, *20 minutos*



NOVELA
HISTÓRICA